

# El circo de las maldiciones

Y. G. Cardona



## Capítulo 1

Detrás de las montañas del oriente y entre neblina espesa que enfría narices, está el pueblo mágico, donde el café se toma en compañía y las sonrisas son tan cálidas como las brasas de los fogones. Tiene 17 calles y media y una plaza donde se ubican la iglesia de tres alas, el comando de dos pisos, la alcaldía de estilo colonial y las 3 cafeterías que se debaten como atender a sus clientes cada fin de semana cuando se reúnen en la plaza de mercado.

Estamos en marzo de algún año ya pasado. Semana Santa, domingo de resurrección. La procesión, encabezada por el sacerdote a quien llamaremos "Padre Miguel", arrancó a las 10:02am, había olor a incienso, gente muy bien vestida, niños engominados y mujeres encopetadas. En cada reja de las ventanas de cada casa había flores o en el peor de los casos, pañuelos blancos. Una semana santa como cualquier otra, ¿el problema? Solo un tercio de la población acudió al festejo y aquellos asistentes, miraban sus relojes impacientes. El padre Miguel caminaba mientras cantaba un "alabaré a mi señor" y se preguntaba el motivo de la disminución de asistentes: ¿el clima? Había un perfecto sol de verano. ¿Entonces? Desde hacia una semana, un impresionante circo se había instalado en la plaza del pueblo y a menos que aquel niño interior que todos llevamos dentro se hubiera ido, nadie quería perderse tan entretenida oportunidad. Doña Estelita se persignaba y pedía por todos aquellos impíos que dejaban de ir a misa de doce por ver la función... Todo esto terminaría ese mismo día, pues el padre Miguel no se levantó de buenas y no estaba dispuesto a soportar aquella situación. Finalizada la misa y en presencia de los pocos que quedaban en la iglesia, pronuncio:

—Que sea para agrado de nuestro padre eterno y bien de este pueblo: yo, en nombre la santísima trinidad, proclamo que, bajo la falta de no santificar las fiestas, todo circo que pise el pueblo traerá consigo lluvias e inviernos sin importar el mes del año.

Un fuerte trueno estalló y así se cumplió la primera maldición.

La segunda de las maldiciones se vio impulsada por falta de donativos de la procesadora de barro. Un pueblo con minas de barro, pero sin quien lo procese... Eso les daría una lección:

—En vista de la constante resistencia de algunas empresas a dar un pequeño donativo; anuncio que será el fin de esa industria en el pueblo, ninguna procesadora de barro se mantendrá en pie, todas ellas se irán a

pique.

Y como se lo imaginan, esto también se cumplió.

La última de las maldiciones y la más malvada, cayó sobre uno de los pequeños asentamientos ubicado cerca al pueblo, cuando en una tarde luego de visitar el lugar, dijo:

—Y como de brujas está lleno, mi palabra será que no crezca, que sus pequeñas aceras se mantengan así, que todas las casas solo tengan dos habitaciones y que no pase de 200 habitantes.

Desde entonces, en tiempo de sequía se contrata al circo, aquel pequeño asentamiento se quedó congelado en el tiempo y aquel pueblo mágico no tiene procesadora de caolín.